



www.loqueleo.santillana.com

Aventura en el Caribe

© Del texto: 2007, Francisco Leal Quevedo
© De las ilustraciones: 2007, Daniel Rabanal
© De esta edición:
2015, Distribuidora y Editora Richmond S.A.
Carrera 11 A # 98-50, oficina 501
Teléfono (571) 7057777
Bogotá – Colombia
www.loqueleo.santillana.com

• Ediciones Santillana S.A.
Av. Leandro N. Alem 720 (1001), Buenos Aires
• Editorial Santillana, S.A. de C.V.
Avenida Río Mixcoac 272, Colonia Acacias,
Delegación Benito Juárez, CP 03240,
Distrito Federal, México.
• Santillana Infantil y Juvenil, S.L.
Avenida de Los Artesanos, 6. CP 28760, Tres Cantos, Madrid

ISBN: 978-958-743-481-1
Impreso en Colombia
Impreso por Editorial Delfín Ltda

Primera edición en Alfaguara Infantil Colombia: marzo de 2007
Primera edición en Loqueleo Colombia: octubre de 2015

Dirección de Arte:
José Crespo y Rosa Marín
Proyecto gráfico:
Marisol Del Burgo, Rubén Chumillas y Julia Ortega

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.

Aventura en el Caribe

Francisco Leal Quevedo

loqueleg

*A Amalia y Santiago,
como siempre, otra vez;
a los descendientes de Pedro Velásquez,
donde quiera que estén;
y finalmente a Pilar Arrázola,
ella sabrá por qué.*

Una gran sorpresa

Esa mañana estábamos frente a nuestra casa, cuando vimos que venía el cartero con un enorme paquete. No entendí cómo podía manejar su bicicleta sin perder el equilibrio, pues la inmensa caja venía amarrada al portamaletas. Cuando vimos que tomaba nuestra calle quedamos paralizados. Pensé que era para la casa de al lado, pero pasó de largo de esa puerta y se acercó a la maloquita, ¡era para la nuestra!

La pelota se me cayó de las manos y Mayam y yo salimos corriendo a su encuentro, queríamos ver de qué se trataba. Desde lejos vimos que Wayra firmaba un papelito mientras el cartero desataba el paquete y se lo entregaba. Se

9

notaba que pesaba mucho, pues lo levantó con esfuerzo y lo entró a la casa con lentitud.

Cuando llegamos, nos tropezamos con él en el acto, pues Wayra lo había puesto allí, en el centro de la mesa. La caja estaba envuelta en un papel brillante que tenía globos y serpentinas pintados, parecía una invitación a una fiesta.

10 Nosotros queríamos abrirla inmediatamente.

—No es para nosotros. Los abuelos se la envían a Antonio, entonces debemos esperar a que él llegue para que disfrute su sorpresa —nos dijo mamá con una sonrisa y una mirada pícaro pero con una firmeza que no dejaba lugar a dudas.

Mi hermana y yo nos dijimos con los ojos: tocará esperar. Faltaban todavía unas dos horas para el gran momento. La curiosidad me caminaba por dentro, como un aleteo de mariposas. Creímos varias veces oír sus pasos, pero, aquel día, Antonio se demoró un poco más que de costumbre. Cuando al fin llegó, casi no lo dejamos atravesar la puerta. Él también se sorprendió. Se le notaba la emoción. Al día si-

guiente era su cumpleaños y aunque sabía que sus padres nunca olvidaban esa fecha, no esperaba una sorpresa tan especial.

Pensé que habría un regalo grande para él, junto con algún detalle para mi madre y también, con seguridad, muchas cosas para nosotros. Antonio abrió el paquete lentamente; si hubiera sido yo, habría rasgado la envoltura en un instante. Cuando abrió la caja, vimos que venía dentro una segunda. La primera era de protección. Teníamos los ojos encima de ella, bien abiertos. Entonces apareció una tercera. Llegué a pensar que era una broma y que el paquete eran solo cajas dentro de cajas, como una muñeca rusa que había visto en una vitrina en Leticia. Pero la tercera sí contenía el tesoro. Con gran curiosidad, la abrimos entre todos.

11

Para mi padre había un bello libro sobre el mar, con una dedicatoria que decía: “¿No añoras un poco el mar de tu infancia?”

Para mi madre venía una blusa blanca, espectacular, con un bordado de cintas e hilos. Mi padre le dijo:

—Está hecha a mano por mi madre, le encanta hacer el encaje de bolillo.

Para Mayam había un collar de coral, de un rojo resplandeciente, y una pulsera de semillas, rojas también. Se los puso inmediatamente y dio vueltas por toda la casa, agitando las manos para producir sonido con sus pepitas.

12 Wayra sacó luego un paquete de butifarras* y carimañolas*, que al abrir la bolsa comenzaron a oler y nos despertaron el apetito. No resistimos la tentación de probarlas.

Ellos estaban felices con sus regalos. ¿Y para mí? ¿Acaso se habían olvidado de su nieto? Me parecía imposible que eso llegara a suceder, por eso aún guardaba esperanzas. En una cajita bien protegida, en el último rincón del paquete, descubrí un barco completo, con sus velas desplegadas, metido en una botella. Durante largas horas lo miré con todas sus barandas y mástiles. Me parecía imposible que estuviera allí dentro,

* En todo el libro encontrarás varias palabras marcadas con asterisco, las cuales se explican en el apéndice.

pues con seguridad lo habían armado dentro de la botella, pieza por pieza, con pegante y largas pinzas. Lo puse en mi cuarto, junto a mis libros favoritos y al jaguar de madera. Sobresalía como una auténtica maravilla.

Y cuando ya no esperábamos más sorpresas, entre los trozos de icopor que protegían los paquetes encontramos un libro: *La mitología contada a niños inteligentes*. Tenía un pequeño rótulo, “este regalo es compartido: de los dos abuelos, para los dos nietos”.

13

Y debajo de todas aquellas maravillas, había una carta.

—¡Trae también una invitación!

Wayra la leyó para todos:

Magola y Pablo vamos a celebrar los primeros cincuenta años de vivir felices juntos. Seremos aun más felices si ese día podemos reunir a toda nuestra familia: bienvenidos nuestros hijos e hijas, yernos, nueras, nietos y nietas.

Estaba escrita en un cartón blanco, con una letra grande, hermosa, en tinta china.

—Es la letra de mi padre. Él es calígrafo —dijo Antonio.

14 —En dos meses serán sus bodas de oro matrimoniales —mi madre fue a traer un calendario y rápidamente hizo cuentas—. Los niños en esa época estarán ya en vacaciones —mis padres se miraron. Nosotros sabemos que tienen una clave secreta para tomar una decisión sin necesidad de hablarse.

—Claro que iremos —dijeron casi al mismo tiempo.

“Me imagino el mar como una selva azul; dicen que el inmenso Amazonas junto a él es como un hilo de agua. Ese viaje será conocer otro mundo”, pensé. Y como siempre que viajo, deseé que fuera el momento de otras aventuras llenas de riesgos y descubrimientos.

El mar

Nos subimos al avión, mi hermano ya estaba en una ventana, entonces yo también escogí otra, al otro lado de la fila, para mirar el paisaje desde las alturas. 15

Llevábamos dos horas volando, y tendríamos que parar en Bogotá durante una hora. De pronto divisé una enorme mancha, no me la imaginaba tan grande. Al aterrizar pude ver la ciudad, inmensa, como un animal gigantesco descansando en una gran cama, así me pareció la Sabana. Pero la cama le ha quedado pequeña, pues hay muchas casitas sobre las montañas, como si extendiera sus brazos y piernas y su gran barriga por los alrededores. Los edificios se veían pequeños, como de juguete, y los

carros que estaban parados ante un semáforo, de pronto avanzaron veloces por las calles y me recordaron los cardúmenes de peces que están quietos en los ríos y de pronto salen en estampida por las corrientes de agua, allá en mi selva.

16 Nos bajamos del avión a esperar un rato largo en una salita, para tomar refrescos y estirar las piernas. La más emocionada era mi mamá, era su primer viaje en avión. Luego volvimos a abordar. Esta parte del viaje sería más corta, dijeron que solo una hora. Ahora sí me senté junto a mi hermano, que me cedió su ventana. Él sabe que adoro mirar a través de las nubes pero a la vez me gusta estar comentando con él los sucesos del viaje. Al fin el avión despegó. Atrás quedaban las montañas, el verde, las nubes y el enorme animal haciendo pereza en su cama.

Y nos metimos de lleno en el cielo, que ese día parecía de algodón. Al principio el avión entraba en los huecos de las nubes, luego estábamos por encima de ellas y el sol caía directa-

mente sobre las alas, estábamos subiendo mucho, la tierra se veía muy lejos y entonces me acordé de Ícaro, cuya historia estaba en el libro que nos habían mandado los abuelos. Él había querido volar y se había fabricado unas grandes alas. Y cuando empezó a surcar los aires quiso volar aún más alto, pero las alas estaban pegadas con cera y con el calor del sol se derrieron. Y al perder las alas cayó desde la altura y murió. Pensé que en ese momento Nashi también se acordaba del mismo pasaje.

17

—Pero a nosotros no se nos van a quemar las alas —le dije a mi hermano.

Me miró con extrañeza como diciendo: ¿y esta loca de qué habla? Le tuve que explicar. Nashi a veces es corto de imaginación y va un poco lento. Se rio. Yo sabía que a él también le había impresionado esa antigua historia.

El viaje iba muy tranquilo cuando de pronto el avión se descolgó en el aire, como cuando el columpio comienza el descenso. El piloto nos dijo por el altavoz que no era nada. Y me puse

a pensar que si esto no era nada, cómo sería cuando fuera algo. Y me dio un poco de miedo, pero pronto se me pasó y volví a mirar por la ventana.

18 Luego, cuando el avión comenzó a descender, desde la altura vi la inmensidad del mar, interminable como la selva. Me sentí maravillada. Unas lanchas surcaban las aguas. Y atracado en el puerto había un barco enorme. Me imaginé que era un crucero, de esos que traen cientos de turistas extranjeros, algunos de los cuales van luego a visitarnos a Puerto Nariño y mi padre los lleva de excursión. Y la ciudad antigua parecía como si fueran las casitas del pesebre metidas dentro de un corralito de piedra.

Los abuelitos, que seguramente yo había visto cuando era pequeña pero no me acordaba, estaban esperándonos. Claro que había visto fotos, pero no eran recientes. Siempre hablamos de ellos como los abuelos blancos, para distinguirlos de nuestros abuelos indígenas. Pero blancos, lo que se dice blancos, no son. Mi

abuelo Pablo tiene una mezcla de rasgos blancos y negros, la nariz un poco chata, los dientes blancos y perfectos, los brazos largos y fuertes, al igual que las piernas, pero su piel no es oscura. Digamos que es color canela claro. Mi abuela Magola sí tiene la piel blanca, no como esas turistas suecas de color de leche y muchas pecas, pero se nota el contraste con el abuelo. Ella no es costeña, nació en un pueblito perdido en las montañas de Antioquia. Un día nos contó que su pueblo tiene un largo puente colgante que se balancea sobre el río como si fuera una enorme hamaca. Tendré que verlo algún día.

19

Nos fuimos todos en el carro viejo del abuelo por el barrio de Manga. Es un modelo antiguo, convertible. Podía sentir la frescura del mar, pues la brisa me caía directo en la cara. Iba en el asiento de adelante, como una cortesía suya, quería ser especial conmigo, por ser su nieta.

—¡Qué casas! —dije con expresión de maravilla. Mi abuelo Pablo se dio cuenta de mi asombro, no solo por mis palabras, sino por-

que no cerraba los ojos ni siquiera para parpadear.

—Algunas construcciones de esta parte de la ciudad son tan bellas que luego uno nunca las olvida.

20 Y allí, muy cerca, frente a un parque está su casita, donde mi padre nació y creció, allí viviríamos durante esas tres semanas. No es grande ni lujosa, pero sí muy divertida. Tiene un jardín interior y en el centro hay una fuente, recubierta de unas cerámicas de flores azules y amarillas. Es un patio alegre. Y en la galería hay tres mecedoras enormes y habían tendido muchas hamacas de colores.

El sol lanzaba sus rayos en el cielo sin nubes. Y lo mejor era esa brisa de la tarde, que refrescaba y acariciaba.

Luego, nos fuimos todos caminando hasta la orilla del mar. No podíamos esperar hasta el día siguiente para verlo. No me cansaba de mirarlo. Era de un color muy especial. Lo discutimos

con mi hermano: yo decía que era azul y él, que verde.

—Bueno, llamémoslo como debe ser: color aguamarina —dijo el abuelo.

Me fascinó observar las olas con su blanca cresta de espuma. Llegaban a golpear las rocas de la playa y producían una música que me llegaba muy adentro del pecho.



